

EL SUEÑO DE DRÍADES

Por Catalina Olmedo

3º medio B

Hace mucho tiempo, en la bella y remota antigua Grecia, existió una ninfa valiente, bondadosa, única e inigualable, su nombre era Dríades. Como es bien sabido, las ninfas eran consideradas las mujeres más atractivas y encantadoras del planeta, eran criaturas caprichosas y vanidosas, tanto así que podían pasar horas y horas contemplando su reflejo en el lago mágico.

Dríades era una ninfa terrestre, considerada como una de las más hermosas de toda Grecia. Tenía una estatura mediana, su cabello era largo, lacio y de color azabache, sus ojos eran iguales que aceitunas verdes en verano. Muchos de los mortales estaban enamorados de ella, pero por el contrario de todas las demás ninfas Dríades no tenía ni un mínimo interés por enamorarse, de hecho ella detestaba a los mortales, esto debido a que en su infancia durante la batalla entre griegos y persas estos seres malignos, como los llamaba ella, le arrebataron toda su felicidad. Ese día no solo murieron muchos mortales, sino que también muchas criaturas fueron asesinadas injustamente, su hábitat natural quedó completamente destrozado, y las pocas ninfas que vivieron fueron las encargadas de reconstruir por completo el bosque encantado.

Esta joven ninfa nunca fue capaz de olvidar ese hecho tan detestable que generaron los mortales en su bosque. Muchas de las ninfas mayores le decían que debía superarlo, que era algo que había pasado hace mucho tiempo, y que a pesar de todas las consecuencias supieron sobrellevarlo de la mejor manera, a lo que Dríades siempre respondía con un “está bien, ya entendí”, pero dentro de su corazón esta ninfa guardaba un rencor inmenso en contra de los humanos.

Dríades amaba su bosque, pero a pesar de esto muchas veces soñaba con irse lejos, a un lugar donde existiera paz y tranquilidad, donde no hubiera mortales que atentaran contra la naturaleza.

Una noche mientras esta ninfa dormía, tuvo un sueño, en el cual, se encontraba ella en una pequeña barcaza hecha de hierbas navegando tranquilamente por el océano, sin ningún mortal ni nadie que la molestara. Este sueño fue tan vivido, que decidió tomarlo como una señal, su destino era irse a navegar al océano sin destino alguno. Así fue como al cabo de una semana tenía todo listo para marcharse, un domingo por la noche Dríades emprendió su viaje rumbo a lo desconocido en una pequeña barcaza hecha de hierbas, flores, y un poco de magia.

En el océano no tardó mucho en hacerse amiga de las criaturas marinas, por lo que cada mañana cuando despertaba se lanzaba al mar a jugar con estas, luego de esto volvía a subir a su barcaza para tomar el sol, y se quedaba acostada allí hasta el anochecer para contemplar las estrellas. Dríades estaba viviendo su mejor vida, sin mortales y sin violencia, pero no todo podía ser tan perfecto...

Una mañana la joven ninfa estaba jugando como de costumbre con las criaturas marinas, todo era risas hasta que las criaturas de la nada comenzaron a huir y a esconderse bajo el mar, el cielo se tornó de un color gris oscuro y gotas comenzaron a caer. Dríades no entendía nada de lo que estaba sucediendo, por lo que subió a su barcaza a ver si lograba divisar algo desde allí. Fue ahí cuando a lo lejos pudo divisar unos objetos los cuales desconocía su existencia... Se trataba de dos grandes embarcaciones llenas de mortales, con armas listas para la batalla.

La joven ninfa quedó perpleja, no podía creer lo que sus ojos estaban viendo, sabía lo que se avecinaba, ese día mucha sangre sería derramada injustamente, al igual que el día de la batalla en el bosque. Pero, ¿qué podía hacer una pequeña ninfa contra tal magnitud de mortales? nada, absolutamente nada. Puso en marcha su barcaza y con lágrimas en los ojos dio la vuelta en dirección al bosque encantado, mientras escuchaba todo el alboroto detrás de ella.

No podía creer la violencia que estos seres eran capaces de generar, y que por segunda vez en su vida ellos fueran los responsables de arrebatarse su hábitat natural, su nuevo hogar.